



vonda n. mcintyre

**TORRENTE
DE FUEGO
Y OTROS RELATOS**

NEBULAE

edhasa / ciencia ficción

TORRENTE DE FUEGO
y otros relatos

VONDA N. McINTYRE

edhasa

Título original en inglés: FIREFLOOD AND OTHER STORIES

Traducción de César Terrón

Diseño de la portada: Julio Vivas

(c) 1979 by Vonda N. McIntyre

(c) 1981 EDHASA

Avda. Diagonal 519-521, Barcelona 29

Telfs. 239 51 04 / 05

IMPRESO EN ESPAÑA Depósito legal: B 42.770 – 1981

ISBN: 84-350-0352-3

A Frances Collin

TORRENTE DE FUEGO

DARK se movió lentamente a lo largo del fondo de un río amplio, rápido, pujando contra la corriente. Las aguas limpias daban golpes prolongados y burbujeantes a su coraza, y piedras redondas rasaban las escamas de su vientre. Ella podía vivir aquí, oculta en rápidos o remansos, saliendo a la superficie de hora en hora para volver a llenar sus reservas internas de oxígeno, teniendo un aspecto poco distinto del de un enorme canto rodado. En el momento adecuado podía cambiar incluso el color de su coraza para confundirse con la roca más clara, más grisácea de esta región. Pero seguía moviéndose; no iba a permanecer en el río tanto tiempo como para alterar su tinte rojo de orín.

Las vibraciones le advirtieron la presencia de saltos. Tomó más precauciones con los apoyos de sus manos y pies, aunque su propia masa era el ancla principal. Las piedras que avanzaban estruendosa y gradualmente río abajo no ofrecían demasiado sostén para las garras de Dark. La turbulencia era traicionera y excitante. Pero ahora Dark tenía que esforzarse más para proseguir pues el lecho del río variaba con frecuencia debajo de ella. Conforme el agua au-

mentaba su velocidad también se hacía más somera, y cuando Dark notó algunos cantos rodados voluminosos, dio la espalda al flujo y se alzó hacia la superficie para respirar.

La fuerza de la corriente lanzó una rociada de agua sobre su espalda, formando una cortina que ayudaba a ocultarla. Respiró profundamente, bombeando aire a través de sus pulmones de reserva pero tratando de no exceder el muy eficiente ritmo de absorción de su organismo. Pese a lo ansiosa que estaba por volver a meterse bajo el agua, no se haría ningún bien si usaba más oxígeno del que almacenaba durante la parada.

La coraza de Dark, si bien impermeable e insensible al dolor, detectaba otras sensaciones. Ella siempre era consciente del pequeño punto de calor —por llamarlo de alguna forma, Dark no tenía una palabra más precisa— en el centro de su cresta espinal. Se trataba de un transmisor. Aunque Dark pudiera preferir no escuchar los mensajes que el dispositivo le enviaba, la señal permanente de su presencia llegaba sin que ella fuera capaz de evitarlo. La misión del transmisor era atraer ayuda para Dark en casos de urgencia, pero ella no quería que la encontraran. Deseaba huir.

Antes de que recobrar el aliento de un modo apropiado, Dark percibió que se acercaba un helicóptero, a gran altura y bastante lejos. Ella no lo veía: la rociada de agua rutilaba ante sus ojos cortos de vista. Tampoco lo oía: la embestida del río anegaba cualquier otro sonido. Pero disponía de más de un sentido que no tenía nombre aún.

Se hundió en el agua. Un observador habría tenido que mirar un simple canto rodado entre muchos para ver lo que había sucedido. Si los buscadores aún no habían detectado el transmisor, Dark todavía podía alejarse.

De nuevo se volvió contra la corriente y avanzó con firmeza hacia el manantial del río.

Con algo de suerte, el helicóptero estaría volando en un curso fijo y en realidad no habría localizado su transmisor. Era una posibilidad, pues al fin y al cabo actuaba con un haz reducido. El dispositivo nada tenía de la especificidad de un láser; estaba ideado para enviar mensajes vía satélite.

Pero la señal no atravesaba el agua... Ni los buscadores podían detectar a Dark, ni ella podía verlos o percibirlos a través de la alborotada superficie argentina del río. Confianza en su suerte, siguió avanzando.

El terreno era muy distinto de aquel en que ella se había ejercitado. Aunque se encontraba más cómoda bajo tierra que bajo agua, esta tierra no era ideal para excavar. Dark también podía sobrevivir bajo líquidos, y viajar resultaba francamente más rápido. Si no le fuera posible salir a la superficie para respirar, el tiempo que le costaría detenerse y extraer oxígeno directamente sería casi el mismo. Pero el carácter del agua era demasiado constante para su gusto. La acción de la corriente era previsible y su variación térmica resultaba trivial comparada con la que Dark era capaz de soportar. Ella prefería meterse bajo tierra, donde la excitación sazónaba la exploración. Pues aunque lenta, metódica y casi invulnerable, Dark era una exploradora. Solo que ahora no tenía parte alguna que explorar.

Se preguntó si alguno de sus amigos habría llegado tan lejos. Ella y otros seis habían decidido, en secreto, huir. Pero únicamente se habían ofrecido apoyo moral; los siete habían partido por separado. Veinte miembros más de la raza de Dark permanecían aún diseminados en su reserva, aguardando misiones que jamás se presentarían y fingiendo que no habían sido abandonados.

Aunque no era de noche todavía, la luz se apagaba en torno a Dark y dejaba gris y negro el fondo del río. Dark alzó los ojos lenta y precavidamente por encima del agua. Atisbaron sombríos detrás de su coraza. Eran unos ojos azules, casi negros, el único rasgo de belleza en su ser: el

único rasgo de belleza en su ser después o antes de su transformación de una criatura que podía ser aceptada como humana a otra que no podía serlo. Incluso ahora no lamentaba haberse ofrecido voluntariamente para el cambio. Eso no la había aislado más; siempre había estado sola. También había sido inútil. En su nueva vida, Dark tenía cierto valor.

El cauce del río había penetrado entre árboles altos, gruesos, que no dejaban pasar casi nada de sol. Dark no sabía con certeza si esos árboles interferirían también las señales de radio. Ella no había sido concebida para trabajar en medio de una vegetación espesa y jamás había estudiado cuál sería la interacción de su cuerpo con tal vegetación. Pero no creía que hubiera seguridad para ella si daba un paseo silencioso entre los cedros gigantes. Intentaba orientarse, en horas de sol y con memoria corporal. Su capacidad para detectar campos magnéticos carecía de valor aquí, en la Tierra; ese sentido estaba ideado para señales más delicadas. Lo cerró, como si cerrara los ojos ante una luz enceguedora.

Dark volvió a sumergirse y siguió el río contra la corriente, manteniéndose en el brazo principal. En cuanto cruzó los tributarios que corrían y se precipitaban sobre el gran canal, el río mismo se convirtió en poco más que un arroyuelo, y Dark quedó protegida únicamente por finos escarceos.

Sacó los ojos otra vez.

El paso a través de la loma yacía apenas un poco por delante y por encima de Dark, justo al otro lado de la fuente que creaba el río. A su izquierda había un amplio campo de guijarros, donde un peñasco y la ladera de una montaña se habían desplomado. El río fluía alrededor del cúmulo, desplazado por toneladas de piedras rotas. La grava se extendía a bastante distancia, como mínimo tan lejos como el paso y, con un poco de suerte para ella, por todo el paso... Era ideal. Apenas hundida en el agua, Dark se movió a tra-

vés de la corriente. Sintió que las piedras bajo sus pies cambiaban de redondeadas y pulidas por el agua, a cortantes y desgarradoras. Llegó al borde de la ladera, donde la roca destrozada se proyectaba sobre el río. En la orilla apartó algunas piedras grandes, se afianzó y excavó rápidamente entre los fragmentos.

La matriz cristalina fracturada interrumpió su percepción de ecos. Dark esperaba que de un momento a otro pudiera toparse con un muro de roca sólida que la obligara a salir y la pusiera en peligro, pero las buenas condiciones la acompañaron durante todo el recorrido del paso. Luego, al otro lado, cuando arriesgó una mirada furtiva al mundo, Dark descubrió que la textura del terreno cambiaba bruscamente del lado de la loma. Al terminar la piedra destrozada, Dark no tuvo que buscar otro río. Cavó en línea recta, desde los guijarros hasta la tierra.

En la oscuridad seca y fría, Dark viajó con más lentitud aunque con más seguridad que en el río. Bajo tierra no había posibilidad de una fuga de señales de radio que la delatará. Siempre sabía dónde estaba exactamente la superficie. La superficie, a diferencia de la zona interfacial de agua y aire, no cambiaba constantemente. Dejando aparte el desmoronamiento de la ladera de una montaña, poco era lo que podía desenterrar a Dark. Una ladera de montaña era posible, pero su sonar detectaría las fallas y debilidades de la tierra y las rocas que pudieran crear algún peligro.

Dark deseaba descansar, pero estaba ansiosa por llegar al santuario de los voladores con la prontitud que pudiera. No tenía que ir mucho más lejos. Un solo centímetro podía ser importante, porque estaría segura únicamente después de atravesar las fronteras... Allá podría estar a salvo de gente normal: lo que hicieran los voladores cuando ella llegara era algo imprevisible para ella.

La visión de Dark abarcaba un nivel del espectro muy superior al que había abarcado cuando era humana. Durante el día veía colores, pero por la noche y bajo tierra usaba

infrarrojos, que se traducían en sombras de negro distinguibles y diferentes. Se suponía que esas sombras debían ser algo semejante a colores, pero Dark las veía todas negras. Le indicaban qué tipo de terreno estaba atravesando y muchos detalles sobre lo que crecía encima. Sin embargo, cuando el sol se ocultó, Dark cruzó una espesa turba y examinó el bosque que la rodeaba. La luna aún no había salido, y un arroyo cercano era casi tan oscuro como el hielo. Los abetos conservaban el mismo tono subido que con un sol brillante. Con todo, los colores eran negros.

Dark respiró profundamente el aire helado. El ambiente era sofocante bajo tierra, aunque Dark no tuvo que optar por reducir su propio oxígeno. Eso quedaba para mayores profundidades, en regiones realmente más difíciles.

El aire olía a musgo y helechos, árboles siempre verdes y piedra curtida por la intemperie. Pero por debajo de todo eso estaba el volcán sulfuroso, y la fragancia dulce, delicada, de los voladores.

Se hundió en la tierra una vez más, y prosiguió el viaje.

Cuanto más se acercaba al volcán, tanto más se embarrullaban y volvían erráticos los estratos. El flujo de lava y el movimiento de la tierra, los glaciares y la erosión, habían cicatrizado, descompuesto y retorcido la superficie y todo lo que yacía debajo. Dark encontró a gran profundidad una capa de granito inclinada, demasiado dura para que ella la atravesara cavándola con rapidez. Siguió la capa hacia arriba, esperando que se doblara y plegara hacia abajo de nuevo. Pero no fue así, y Dark atravesó la capa vegetal superior para salir al frígido silencio de una noche selvática. Barro y piedras cayeron de la coraza de su espalda. Desde el borde del afloramiento dirigió la vista, en infrarrojos, hacia su destino.

La visión la excitó. La ladera cubierta de árboles descendía hacia masas acrobáticas de troncos ennegrecidos que formaban la primera barrera contra la intrusión en la tierra de los voladores. Más allá, en la base del volcán, lava solidi-

ficada creaba otro erial. La roca fundida había fluido del cráter bajando por el flanco de la montaña; cerca de la base se dividía en dos ramas que corrían, una a cada lado, hasta que ambas acababan como ríos genuinos en el mar. La costa septentrional estaba muy cerca, y las pálidas olas nocturnas se plegaban suavemente sobre la sombría, fría playa. Hacia el sur, la lava se había arrastrado a través de una extensión de bosque más prolongada, abrasando los árboles en su camino y derribando a los que habían resistido su calor, en una longitud mucho mayor hasta el océano. El amplio torrente sólido y la impenetrable jungla de madera formaban una barricada natural. Los voladores estaban exiliados en su península, pero permanecían allí por gusto. Los humanos no tenían forma de contenerlos si no era matándolos. Podían quitarles las alas o encadenarlos al suelo o encarcelarlos, pero deseaban aislar a los voladores, no asesinarlos. Y asesinato sería si negaban el vuelo a las criaturas.

Las corrientes de basalto resplandecían a causa del calor diurno retenido, y el mismo volcán era un cono suavemente radiante que chispeaba acá y allá donde las fuentes de magma se aproximaban a la superficie. El vapor que se alzaba del cráter relucía con gran brillantez, y entre sus nubes unas sombras se remontaban en espirales a lo largo de los bordes de la columna. Una de las sombras se zambulló peligrosamente hacia el suelo, arriesgándose a la destrucción, pero en el último momento se detuvo a poca distancia para alzarse hacia el cielo de nuevo. Siguió otra sombra, y otra más, y Dark comprendió que estaban jugando. Embelesada, se acurrucó en la cresta y contempló el juego de los voladores. Ellos no advirtieron su presencia. Sin duda podían ver mejor que ella, pero sus ojos estarían demasiado deslumbrados por la negrura luminosa del calor para percibir la calidez protegida por una coraza de una criatura terrestre.

Sonido y luz invadieron a Dark igual que explosiones. Pasando por encima de la colina que lo había ocultado, un helicóptero se ladeó y surcó el aire hacia ella. Dark no lo había visto, oído ni percibido hasta ese momento. Debió de haber aterrizado, y la estaba aguardando. Los reflectores del aparato la alcanzaron y cegaron por un instante, hasta que Dark se liberó con un estremecimiento, en una reacción casi automática, y se deslizó por la roca desnuda hacia la tierra que había más allá. Mientras se precipitaba hacia los árboles el aparato rugió por encima de ella e hizo estallar una nube de polvo, hojas y piedras. El helicóptero aulló al ascender, esforzándose por eludir las copas de los árboles. Cuando volvió a bajar para reanudar la cacería, Dark se escabulló entre los troncos.

Había sido descuidada. Su fascinación con el volcán y los voladores la había traicionado, y su inmovilidad debió de haber convencido a los humanos de que estaba dormida o incapacitada.

Preguntándose si le serviría de algo, Dark se escondió en la tierra. Sintió que el helicóptero aterrizaba, y luego las ligeras vibraciones de pasos. Los humanos podían encontrarla con la misma técnica, amplificando los sonidos de su excavación. A partir de ese momento ni siquiera necesitaban su reflector.

Dark llegó a un límite entre lecho de roca y tierra, y siguió su mermada resistencia. Al hacer un instante de pausa, escuchó movimiento y sus ecos. Se sintió atrapada entre sonidos que procedían de arriba y abajo. Empezó a excavar, esforzándose hasta que su trabajo ahogó el resto de ruidos. No volvió a detenerse.

Los humanos podían descender el empinado terreno con más celeridad que ella. Dark temía que se adelantaran tanto como para cavar una trinchera y atajarla. Si disponían del equipo o explosivos precisos, podrían rodearla, o simplemente matarla con las ondas de choque de una carga apropiada.

Escarbó violentamente, esforzándose por avanzar, percibiendo cómo los restos de su progreso se deslizaban por la coraza de su hombro y a lo largo de la espalda, llenando el túnel con la misma rapidez con que lo perforaba. Las raíces de árboles vivientes, flexibles y gruesas, se estiraban hacia abajo para aminorar su avance. Dark tenía que cavar entre ellas y a veces, a través de ellas. Su consistencia maleable las hacía más difíciles de penetrar que la roca sólida, y más frustrantes. Las poderosas uñas de Dark podían destrozar piedras, pero se enredaban en las raíces y entonces ella se veía forzada a destrozar las resistentes fibras ramal por ramal. Estaba fatigándose deprisa, y usando oxígeno con mucha más rapidez de lo que le costaba tomarlo bajo tierra.

Dark dio un colérico tajo a una gruesa raíz. La fibra se desmenuzó por completo en un finísimo polvo de carbón de leña. El impulso de Dark, al no encontrar resistencia, hizo que la criatura se retorciera en su estrecho túnel. Estaba atrapada. Los pasos de los humanos se oían casi a su altura y entonces, inexplicablemente, se detuvieron. Rascando frenéticamente con sus pies y una de sus manos dotada de uñas, con la otra apretada inútilmente bajo su cuerpo, Dark logró soltarse y apartar la tierra contenida en el pequeño espacio cerrado. Por fin, esperando que los humanos empezaran a detonar sus explosivos en cualquier momento, se liberó.

A pesar del dolor de su hombro izquierdo, muy por debajo de su coraza, Dark incrementó fuertemente su ritmo. Ya estaba bajo los árboles muertos, y la tierra seca y porosa solo contenía las raíces de los árboles que habían ardido desde la copa hasta gran profundidad bajo tierra, o raíces acribilladas por insectos y podredumbre. Por encima de Dark, en la superficie, los troncos yacían en una maraña intransitable, y por eso los humanos debieron de haberse detenido. No podían atraparla en una zanja.

Midiendo la distancia al flujo de basalto mediante ondas del tipo de las que volvían en eco, Dark abrió un túnel por

los últimos tramos de tierra. Quería pasar bajo la barrera de piedra y ascender a salvo por el otro lado. Pero los ecos demostraban que no podía hacer tal cosa. El basalto era más espeso de lo que ella había esperado. No era un simple flujo sino muchos, llenando un valle muy hendido hasta una profundidad que solo los dioses conocían. No podía pasar por debajo y no tenía tiempo o fuerza para atravesarlo en ese mismo instante.

Lo que podía liberarla de los seres humanos no era la capa desnuda de piedra, sino la barrera intangible de la frontera de los voladores. Por eso tenía que llegar. Excavando con fuerza, usando el último oxígeno de sus reservas, Dark irrumpió en la superficie al borde del torrente de lava y salió trabajosamente al duro terreno. Jamás garbosa en el mejor de los casos, Dark era lenta y pesada en la superficie. Avanzó penosamente, jadeando, sus garras resonando en la roca y arañando grandes marcas en ella.

Los humanos gritaron a su espalda, mientras sus detectores se disparaban tan estruendosamente que hasta Dark los oyó. La estaban viendo con sus propios ojos, algunos de ellos por primera vez.

Estaban muy cerca. Casi se habían abierto paso entre los troncos apiñados, y en cuanto llegaran a tierra sólida de nuevo podrían darle alcance. Dark siguió gateando, notaba el peso de su coraza como nunca lo notaba bajo tierra. Los bordes se arrastraban por el basalto, mellándose profundamente.

Dos voladores aterrizaron con la blandura del viento, como la borra del algodoncillo, igual que granos de polen. Dark sólo escuchó el susurro de las alas, y cuando alzó la vista de la roca grisácea agrietada, los voladores estaban de pie ante ella, impidiéndole el paso.

Estaba casi a salvo: se hallaba justo en la frontera, y en cuanto la cruzara, los humanos no podrían seguirla. Los delicados voladores no se pondrían en contra de ella si opta-

ba por continuar, pero seguían impidiéndole el paso. Dark se detuvo.

Igual que ella, los voladores poseían ojos inmensos, para extender el espectro de su visión. Los bordes acorazados de las cejas y unos resguardos transparentes protegían los ojos de Dark y casi los ocultaban. Los ojos de los voladores también estaban protegidos, pero con espesas pestañas negras que los velaban y revelaban.

—¿Qué quieres, pequeña? dijo uno de los voladores. Su voz era profunda y suave, y envolvía su cuerpo en alas negras iridiscentes.

—Vuestra ayuda —dijo Dark—. Refugio.

Detrás de ella los humanos se detuvieron igualmente. Dark no sabía si, pese a todo, tenían derecho legal a cogerla. Su red de acero raspaba el suelo, se acercaban de manera vacilante.

El volador negro lanzó una mirada feroz, y los ruidos de los humanos cesaron. Dark avanzó un poco, pero los voladores no se apartaron lo más mínimo.

—¿Por qué has venido? —la voz del volador negro negaba toda emoción, simpatía o bienvenida.

—Para hablar con vosotros —dijo Dark—. Mi gente necesita vuestra ayuda.

El volador de alas negras y brillantes no se movía, excepto para parpadear con sus ojos luminosos. Pero su compañero de plumas azules fijó la vista en Dark atentamente, dio un paso a un lado, un paso al otro, y erizó el plumaje de sus alas. Los movimientos del volador azul eran tan rápidos y enérgicos como los de un ave.

—No tenemos ayuda que ofrecerte —dijo el volador negro.

—Dejadme pasar, dejadme hablar con vosotros.

Las garras de Dark escarbaron el suelo mientras ella se movía nerviosamente. No podía huir, y no quería luchar. Era capaz de aplastar a los humanos o a los voladores, pero no